

La industria, el comercio y la agricultura se sirven de las ciencias para aumentar sus recursos y productos, especialmente de las ciencias físicas, que con un ardor extraordinario se cultivan en todas las naciones civilizadas. No por esto se descuida á las artes, sino que, en general, los artistas procuran más bien agradar que instruir y ésta es una causa de la decadencia, contra la cual conviene obrar. Las bellas letras tienden también más bien á lo útil y agradable que á lo bello, y de aquí viene la multiplicación de los periódicos y novelas. En Francia, en Inglaterra y en Alemania es donde se encuentran los principales focos intelectuales; la Inglaterra es más estudiosa que Francia; la Alemania más seria y más sabia tal vez, pero la Francia es más universal. Los demás países, la Holanda, Bélgica, España, Dinamarca, Suecia, Rusia, Polonia, Italia, Hungría, etc., tampoco se duermen, y en ellos se cultivan con ardor las artes, las ciencias y las letras; la España y la Italia no ceden á ningún país en el estudio de las ciencias teológicas. Los estudios superiores se hacen en las universidades, en las facultades y carreras especiales; los de segunda enseñanza en los liceos y colegios. Uno de los caracteres de este siglo es la difusión cada vez mayor de la instrucción primaria ó elemental. En Francia hay próximamente 40.000 escuelas primarias que instruyen á 4 millones de niños; la Bélgica no está menos adelantada que Francia y la Prusia lo está todavía mucho más. Es preciso no olvidar que la instrucción no es más que un instrumento útil ó perjudicial según el uso que de él se haga; las luces de la inteligencia pueden desgraciadamente ponerse de acuerdo con la degradación del corazón; la educación debe siempre ser tenida en mayor estimación que la instrucción misma, porque obra sobre la voluntad y porque ella sola puede hacer verdaderamente hombres.

Comparando la Francia de 1788 con la de 1870, se conocen grandes progresos materiales, que tal vez no van acompañados de grandes progresos morales. El valor venal del suelo se ha aumentado considerablemente, lo cual indica un acrecentamiento de la producción agrícola; la industria ha hecho incontestables progresos; se han mejorado las condiciones materiales de la vida; se ha aumentado el consumo

individual de la carne y de la sal; el café y el azúcar han entrado en el uso habitual, y el vino ha llegado á ser un objeto de muy general consumo. Todo esto revela grandes progresos en la riqueza pública y en los recursos de que los individuos pueden disponer. También se ha notado un aumento notable en la duración de la vida, que se ha elevado desde veintinueve años próximamente hasta cerca de cuarenta. Felizmente se ha observado al mismo tiempo que desde algunos años á esta parte ha disminuido notablemente el número de crímenes contra la propiedad, si bien es preciso confesar que no sucede lo mismo con los crímenes contra las personas, que aumentan los atentados contra las costumbres y que los suicidios y los infanticidios se han propagado de una manera notable. ¿No es esto una prueba de que hay un gran defecto en la manera con que se educa al pueblo? Se han predicado demasiado las doctrinas del bienestar, de la fortuna, de los placeres; y los progresos morales no han corrido parejas con los progresos materiales. Le falta religión al pueblo, la religión, que es la única que puede hacerle su condición soportable y hasta agradable, elevando su alma por cima de la materia y haciéndole ver la vida en su realidad, al mismo tiempo que al otro lado de la tumba demuestra perspectivas bien capaces de hacer mirar con desprecio los gozos y el bienestar del rico. Grandes progresos hemos hecho, pero más tenemos que hacer; se harán si la religión recobra sobre la sociedad el imperio que jamás hubiera debido perder.

Los sucesos acaecidos desde hace setenta y cinco años á esta parte han dado á la sociedad un nuevo carácter, el cual se mezcla como siempre con el bien, pero con una nueva fisonomía, y deber es de los gobiernos así como de los individuos trabajar en disminuir la parte del mal para aumentar la del bien. Los caminos de hierro, la navegación por vapor, los bancos que se multiplican y que hacen más fáciles los cambios, el telégrafo eléctrico, los tratados de comercio y el libre-cambio, han establecido entre los pueblos relaciones más estrechas que nunca; la propagación del sistema métrico, que tiende á hacer uniformes las medidas y especialmente las monedas en todos los pueblos, aumenta todavía la facilidad de estas

relaciones, y las exposiciones universales reúnen á la vez los productos de la industria y los hombres que concurren á fabricarlos. Se podría creer que todos los pueblos no forman más que uno solo; el comercio y los viajes los mezclan incesantemente, y sus intereses están de tal modo unidos, que la menor sacudida que se deja sentir en cualquiera punto del mundo se comunica también á los demás países. Los pueblos se aprovechan mutuamente de los progresos de los otros, pero sufren también con sus miserias y con las catástrofes que pueden experimentar. De aquí una solidaridad universal de intereses que hace desear cada vez más el sostenimiento de la paz general; pero también de aquí la dificultad de restringir el teatro del mal una vez encendida la guerra. Por esto los gobiernos vacilan cada vez más antes de comprometerse en estas atrevidas empresas; la diplomacia multiplica sus esfuerzos en seguida que amenaza una guerra, y los multiplica durante la misma á fin de disminuir sus enojosas consecuencias y terminarla lo más pronto posible. Desgraciado del que con frecuencia se olvida de que no puede haber una paz sólida sino se la hace descansar en la base del derecho, porque entonces sacrifica el derecho permanente al interés de un momento y las cuestiones se multiplican en lugar de resolverse. La Europa necesita paz; la desea, pero desconoce sus elementos; las conferencias y los congresos no han podido hasta aquí reemplazar eficazmente á la influencia pacificadora de los soberanos Pontífices cuando la cristiandad escuchaba dócilmente su voz, y todavía se ven algunos pueblos, algunas nacionalidades vivas sacrificadas á la ambición de poderosos vecinos.

Hay que hacer á los gobiernos la justicia de que revelan una solicitud cada vez mayor por los intereses materiales y morales del mayor número. Jamás los reyes cristianos habían faltado á este deber; pero nadie ignora que el reino cristiano había casi completamente desaparecido de Europa desde el siglo XVI; los reyes anhelaban siempre el bien, pero no sabían en dónde le debían encontrar, y muchas veces dejaban que abusaran de ellos las vanas lisonjas de sus cortesanos. Se estaba entonces en la época designada bajo el nombre de *anti-*

quo régimen, y ya hemos tenido ocasión de decir que no se debe en manera alguna confundir el antiguo régimen con el régimen cristiano. Hoy día no puede ser lo mismo; las revoluciones han abierto los ojos, y la creciente importancia de las clases populares impulsaría á falta de otra razón á satisfacerlas para evitar las catástrofes de que tantas veces han sido los instrumentos y las víctimas. Se quiere, pues, asegurar su libertad, procurarlas trabajo, endulzar sus miserias, procúrese al mismo tiempo que sean más morales, á fin de que á la vez sean más felices y más fáciles de gobernar. ¿Se toman siempre para esto los mejores medios? ¿Se deja siempre un bastante ancho campo á la acción de la religión y de una educación cristiana? ¿No se cuenta demasiado con la eficacia de la instrucción y de las diversas instituciones de beneficencia y de crédito? Los hombres sabios piensan sobre ello y conviene que los hombres de estado no abusen sobre el particular.

Sea como quiera, lo cierto es que si las clases inferiores comprendieran bien sus verdaderos intereses y no se dejaran engañar por hombres que quieren convertirlos en instrumentos de su dominación, verían que su situación no es tan desesperada. Los ciudadanos son iguales ante la ley; los obreros tienen la libertad del trabajo y de la concurrencia; la actividad individual no se ve embarazada en su expansión; el hombre laborioso y capaz puede fácilmente crearse una posición regular, ya que no opulenta; le son accesibles el ahorro y el capital; puede asegurar días tranquilos para su vejez y ahorrar para los malos días ó para dar cumplida educación á su familia. El espíritu del cristianismo ha transformado completamente la sociedad sobre este punto; en la antigüedad, la guerra, el despojo y la esclavitud, con su influencia corruptora, eran los principales medios de llegar á la riqueza; en las naciones cristianas el trabajo y el ahorro, con su bienhechora acción, son los manantiales más ordinarios de las fortunas privadas.

Nadie podrá negar las grandezas de la civilización cristiana y de la civilización moderna que se deriva de aquella en casi todas sus ramas: la industria, el comercio, la agricultura, las artes, la facilidad de las comunicaciones,

el orden establecido en las administraciones, los descubrimientos, los adelantos en todos los ramos del saber humano dan á la sociedad moderna un esplendor y un brillo incomparables; pero para que estas mismas grandezas no sean causa de espantosas catástrofes, es preciso que los intereses morales se desarrollen de manera que guarden equilibrio con el inmenso desenvolvimiento de los intereses materiales; es preciso que se cultive al corazón con tanto cuidado como al espíritu, y que se ocupe de las almas tanto ó más que de los cuerpos. Todo tiende á mostrar en nuestros días la necesidad de esta cultura moral y religiosa, á probar que el hombre no vive solamente de pan, sino también de la palabra de Dios y que la humanidad necesita algo más que el bienestar, es decir, la verdad y la virtud. Las inteligencias escogidas, asustadas con los peligros que nos amenazan, reconocen esta necesidad, dirigen sus miradas hácia la religión y conocen que solamente dando una vuelta general hácia el catolicismo, se puede esperar la seguridad de las sociedades y el restablecimiento de esa paz verdadera que es la tranquilidad del orden, según la bella expresión de San Agustín.

APÉNDICE.

Todavía no es tiempo de apreciar los sucesos que acaban de tener lugar y que tan profunda sacudida han causado en el mundo, destruyendo repentinamente el equilibrio europeo y abriendo de nuevo para la Francia la serie ya tan larga de sus revoluciones. Nos bastará, pues, añadir aquí algunas páginas para recordar rápidamente los hechos que se han sucedido en los cuatro años transcurridos desde el mes de Julio de 1869 hasta mediados del año 1873.

La guerra de Italia, seguida de los atentados de la revolución que favorecía la asombrosa indulgencia del gobierno francés, había lógicamente impulsado al emperador Napoleón III á hacer algunas concesiones á las ideas liberales, que son como el rasgo de unión entre el espíritu de conservación y el espíritu de licencia, y abandonar poco á poco la Constitución absoluta de 1852. Por esto concedió la publicidad de los debates del Cuerpo legislativo, después los manifiestos del Senado; había designado un ministro para que hablara ante el

Cuerpo legislativo, etc. Sin embargo, á cada concesión la oposición se hacía más exigente, y Mr. Thiers hablaba continuamente en las Cámaras de lo que él llamaba las libertades necesarias, impeliendo así al gobierno imperial á convertirse en un gobierno constitucional y puramente parlamentario.

Napoleón III se resistía en un principio; pero las concesiones hechas al espíritu revolucionario le obligaban á hacer otras nuevas, y al mismo tiempo que procuraba no perder lo esencial del poder perdía insensiblemente sus atribuciones. Las elecciones generales de 1869 suscitaron un movimiento extraordinario en los ánimos. Para satisfacer este movimiento, el emperador creyó deber someter á la votación del Senado, un Senado consulto que fué erigido en ley en el mes de Setiembre. El ministerio de M. Rouher, batido en brecha por la nueva Cámara, se vió precisado á retirarse, y el 2 de Enero de 1870 se constituyó un gabinete que representaba á la mayoría. Era la primera aplicación del gobierno parlamentario, y se volvía á ver dividido al Cuerpo legislativo, como en tiempo de Luis Felipe, en cinco fracciones: la extrema derecha, de doctrinas conservadoras y que rechazaba la antigua Constitución; el centro derecho, ménos absoluto, pero que tendía á conservar al emperador la dirección de los negocios; el centro izquierdo, también dinástico, pero partidario del sistema parlamentario; la izquierda, parlamentaria ante todo y que se inclinaba hácia la república; finalmente, la extrema derecha, completamente republicana y dispuesta á aprovechar la primera ocasión de derribar el imperio. El ministerio, cuyo miembro principal era un antiguo republicano de 1848 reunido al imperio, contaba en su seno á gentes honradas y ya experimentadas en la política; entonces se pudo creer que se iba á hacer lealmente la prueba del imperio liberal y parlamentario.

Agitábase el partido republicano. En los últimos meses de 1868 había habido en París algunas emociones que concluyeron por serios tumultos en Enero de 1869 y en los días 7, 8 y 9 de Febrero de 1870. El ministerio, reprimiendo el desorden con tanta moderación como firmeza, parecía dar algunas serias prendas de habilidad; pero las concesiones hechas al espíritu revolu-

cionario, la autorización de las reuniones públicas, en donde no se oía predicar más que detestables doctrinas, y los progresos de una vasta asociación de obreros de todos los países, conocida bajo el nombre de la *Internacional*, sin hablar de la violenta y continua oposición hecha por la izquierda y por la extrema izquierda en el seno del Cuerpo legislativo, minaban activamente lo que todavía quedaba de las instituciones imperiales é inquietaba con justo motivo á la opinión pública.

En tales circunstancias, Napoleón III quiso recobrar su poder y su popularidad por medio de un plebiscito. Una nueva Constitución acababa de ser elaborada. Se convino en que el pueblo sería llamado á ratificar esta Constitución por el *si* y por el *no*; se proclamó el sufragio universal el 8 de Mayo de 1870, y siete millones de votos fueron favorables al imperio, pareciendo que por largos años le aseguraban. Nadie hubiera creído que sucumbiría antes de cuatro meses.

Sin embargo, un gran acontecimiento religioso preocupaba á los ánimos. El papa Pío IX había convocado un concilio ecuménico, y el 8 de Diciembre de 1869, cerca de setecientos obispos, venidos de todas las partes del mundo, se habían reunido en la basílica vaticana ó iglesia de San Pedro, bajo la presidencia del soberano Pontífice. El concilio tenía por objeto proveer á las necesidades de la Iglesia en las circunstancias tan nuevas en que se encuentra el mundo desde la revolución de 1870, proteger las verdades católicas contra los ataques del error y de la incredulidad contemporánea, trabajar en la extinción del cisma y de la herejía y restablecer en todo su vigor la disciplina eclesiástica.

Los sucesos no han permitido todavía al concilio cumplir toda su misión. Sin embargo, á pesar de la mala voluntad de los gobiernos, bastante ciegos para mirar con desconfianza á una Asamblea que no puede desear otra cosa que el mayor bien de la sociedad, y que, merced á la asistencia del Espíritu Santo, no puede ordenar nada perjudicial ni atentatorio á nada de lo que es legítimo, á pesar de los ataques de fuera y de las dificultades de dentro, el concilio ha podido dirigir dos constituciones, confirmadas y publicadas por el papa, la una so-

bre la fé, que opone la certeza y la solidez de la doctrina católica á los errores y preocupaciones del día; otra sobre la Iglesia y el soberano Pontífice, quien, al definir la infalibilidad doctrinal de que el papa se halla revestido, en su calidad de jefe de la Iglesia y de sucesor de San Pedro, ha dado el último golpe á lo que se llama el galicanismo y afirmado la autoridad pontifical en el momento en que el mundo tiene más necesidad de autoridad.

La última sesión pública del concilio, la en que se proclamó y confirmó la autoridad pontifical, tuvo lugar el 18 de Julio de 1870; al día siguiente llegaba á Berlin una declaración de guerra de Francia á Prusia. Hé aquí la causa de esta declaración de guerra:

Ya hemos visto que España, después de haber expulsado á la reina Isabel, se había decidido á conservar la forma monárquica. Se precisaba, pues, encontrar un rey. Los autores de la revolución de Setiembre de 1868, que rechazaban igualmente al príncipe de Asturias, hijo de la reina Isabel, y al duque de Madrid, representante del derecho sálico, habían pensado en el duque de Montpensier, hijo del rey Luis Felipe, que se había casado con una princesa española, hermana de Isabel. Sin embargo, la opinión pública hacía imposible la aceptación de este príncipe en cuyo favor habían trabajado muchos jefes de la revolución. Después de muchas tentativas inútiles, el general Prim obtuvo el asentimiento del príncipe de Hohenzollern, hermano del príncipe Carlos de Rumania y pariente cercano del rey de Prusia, jefe de la casa de Hohenzollern. A esta noticia, llegada como un relámpago al gobierno francés, que había ignorado las negociaciones ó que no había creído que fueran serias, se inflamó la opinión. Desde la batalla de Sadowa se esperaba una guerra con Prusia, cuyo enorme engrandecimiento amenazaban directamente á Francia, lo mismo que al equilibrio europeo. Se indicó á Berlin que no se podía tolerar el establecimiento de un príncipe en España, y que habría un *casus belli* si el príncipe no renunciaba á la corona que se le ofrecía. El príncipe desistió, en efecto; pero se quería que el rey de Prusia se comprometiera á no permitir á ningún príncipe de su casa aceptar esta corona. El rey de Prusia, que estaba dispuesto,

que sabía que la Francia no lo estaba, y que buscaba un pretexto de guerra, se negó á comprometerse á lo que se le pedía, y la guerra fué declarada (19 de Julio de 1870).

La guerra era justa y esencialmente política porque se trataba de reprimir la ambición prusiana, sostener el equilibrio europeo y salvar á la civilización occidental de un militarismo que absorbe las fuerzas vivas de todos los pueblos. Sin embargo, se podía justamente reprochar al imperio por haberla hecho necesaria, primeramente por la guerra de 1859, hecha en nombre de las nacionalidades, que de antemano había justificado la que Prusia hizo al Austria en 1866; se podía reprocharla por no haber intervenido en 1866, entre la Francia y Prusia, lo cual hubiera impedido á esta última potencia tomar en Alemania la temible posición que en ella ocupaba; finalmente, desde las primeras semanas, cuando se pudo conocer la verdadera situación de las cosas, se tuvo el derecho de hacerle responsable de una guerra emprendida sin aliados y sin preparativos. La Francia había querido una guerra justa, se había precipitado en ella con entusiasmo; pero, vencida, tenía demasiado justas quejas que dirigir contra un gobierno que á sabiendas le había engañado y que había descuidado las más elementales precauciones, no tratando de procurarse aliados. Dios, sin duda, permitía esta ceguera para castigar á la Francia, demasiado orgullosa de su poder y de una prosperidad que á ella misma debía y que era causa de las más espantosas corrupciones y al mismo tiempo para castigar de una manera palpable al hombre que había hecho de la mentira uno de los principales elementos de su política, que había reanimado el espíritu revolucionario, que dejaba impunes las más funestas doctrinas y que muchas veces favorecía su expansión honrando á sus autores, algunos de los cuales se sentaban en los escaños del Senado, que, finalmente, había tenido al ménos la culpable é impolítica debilidad de dejar destruir ese trono pontificio al que solemnemente había prometido proteger y defender. El año 1870, con sus desastres, era la conclusión fatal y lógica de una política hipócrita, sin prevision y sin honradez.

El entusiasmo por la guerra era inmenso; la presunción de los jefes del ejército no era

menor y se corría hácia la catástrofe. Una pequeña victoria alcanzada en Sarrebrück, en los primeros días del mes de Agosto, fué seguida de derrotas inauditas, que hicieron demasiado celebres los nombres de Wissemburgo, en donde fué muerto el general Abel-Donai (4 Agosto), de Reichshoffen y de Warth, en donde el mariscal Mac-Mahon hizo con sus tropas prodigios de valor, pero sin poder triunfar sobre el número (6 Agosto), y de Spikeren, en donde fué derrotada la división del general Frossard, lo cual dejó expedita al enemigo la carretera de Metz. Las tropas francesas revelaron un valor heroico, los prusianos y sus aliados de la confederación, bávaros, badenses, wurtembergenses, y sajones triunfaban por la superioridad del número y de su artillería y sufrían pérdidas enormes; la resistencia, empero, era imposible, y Francia sucumbía bajo una acumulación de faltas de que jamás se había visto un concurso tan funesto. El día 6 de Agosto el pendor francés había abandonado á Civita-Vecchia y dejado abandonado al Santo Padre; el 6 de Agosto empezaron á suceder los grandes desastres.

Sin embargo, el mariscal Mac-Mahon hizo una hábil retirada que le permitió conducir al campo de Chalons á una parte de su ejército; el general Cousin-Montauban, conde de Palikao, fué nombrado ministro de la guerra en lugar del presuntuoso mariscal Leboeuf, y el mariscal Bazaine fué nombrado general en jefe del ejército reunido al pié de los muros de Metz; Napoleón III, que se había trasladado al teatro de la guerra con el príncipe imperial, dejando la regencia á la emperatriz, continuó siguiendo á sus tropas, cuyos movimientos embarazaba de una manera considerable. Se hicieron esfuerzos enérgicos y la partida no se consideró como perdida á pesar de la invasión de la Alsacia y la Lorena. En Borny (14 de Agosto), en Gravelotte (16 de Agosto), en Saint-Privat (18 de Agosto), los prusianos experimentaron pérdidas enormes, y cuando se supo que Mac-Mahon se alejaba del Norte para libertar á Bazaine, que se había dejado derrotar al pié de los muros de Metz, todos esperaron ver cambiar á la fortuna. El 31 de Agosto se hallaba cerca de Sedan, en donde el emperador se hallaba establecido. La negligencia del general de Tailly

y la rapidez de los movimientos del príncipe real de Prusia, á quien el hábil estratégico Moltke había lanzado en persecución de Mac-Mahon, hicieron fracasar el plan que se había concebido. El general Tailly fué derrotado en Beaumont el 30 de Agosto; el 31 se trabó la batalla en toda la línea y quedó indecisa la victoria; el 1.º de Setiembre volvió á empezar la lucha; pero Mac-Mahon, gravemente herido por la explosión de un obús, no pudo continuar mandando; el general Ducrot empezó un movimiento de retirada que podía salvar al ejército; el general Wimpffen, que tomó el mando por derecho de antigüedad, ordenó un movimiento que todo lo comprometió, y el ejército francés, encerrado en Sedan, adonde la artillería prusiana podía enviar sus tiros por todas partes, se vió precisado á capitular. El emperador Napoleón, que no había tenido la suerte de ser muerto en el campo de batalla, rindió su espada al rey de Prusia y fué enviado al castillo de Wilhelmshöhe; 80.000 hombres fueron conducidos prisioneros á Alemania; algunos regimientos consiguieron atravesar las líneas enemigas, y el general Vinoy condujo un cuerpo de ejército á París.

Jamás la Francia había experimentado semejante desastre. El gobierno le ocultó todo el tiempo que le fué posible; al anochecer del 3 de Setiembre se supo en París; al día siguiente á medio día no había ya imperio, y sin que se proclamara oficialmente la república, se encontró con un gobierno provisional que tomó el nombre de *Gobierno de la defensa nacional* y que se componía casi exclusivamente de republicanos. Los principales miembros de este gobierno eran: el general Trochu, presidente; M. Julio Favre, ministro de Negocios Extranjeros; M. Gambetta, ministro del Interior; el almirante Tourichon, ministro de Marina; el general Seffo, ministro de la Guerra; M. Julio Simon, ministro de Instrucción pública; M. Ernesto Picard, ministro de Hacienda; M. Dorian, ministro de Obras públicas; M. Estéban Arago, que fué nombrado alcalde de París; los señores Cremieux, Glais-Bizoin, Rochefort, etc., simples miembros del consejo gubernamental. De un golpe se había vuelto á 1848. La Francia aceptó al nuevo gobierno sin entusiasmo y para no dividirse en presencia del enemigo. La em-

peratriz huyó á Inglaterra y la guerra continuó.

Después del desastre de Sedan, solamente París podía detener la marcha victoriosa del enemigo, libre para diseminarse sin obstáculo alguno por la Alsacia, por la Lorena y por la Champaña. Strasburgo, Falsburgo, Bitche, Metz, Verdun, Toul, se resistían heroicamente, pero no podían contener las olas de la invasión. París esperaba el sitio, y se preparó á él con un ardor y con un valor que le honraron sobremedera. Se encerraron inmensas provisiones, todos los que estaban en estado de llevar las armas se ejercitaron en su manejo; los soldados de la marina se encargaron de defender los fuertes, juntamente con cien mil hombres de la guardia móvil, llamados de los departamentos, especialmente de la Bretaña; se recompuso un ejército con la división de Vinoy, y la guardia nacional se mostró llena de entusiasmo. Pocos días hubo para estos preparativos, porque desde el 18 de Setiembre se empezó á atacar á París; el 20 las líneas enemigas eran impenetrables y solamente por medio de globos pudieron saber las provincias lo que sucedía en la capital.

Sin embargo, se hizo una tentativa en favor de la paz. Mr. Julio Favre había visto en Ferrieres al conde de Bismark, principal ministro del rey de Prusia, y se había mostrado dispuesto á hacer los mayores sacrificios metálicos con tal que permaneciera intacto el territorio nacional y no fueran demolidas las fortalezas. El enemigo rehusó, y desde entonces el agresor no fué ya la Francia sino la Prusia, que había declarado no guardar rencor sino á Napoleón III. También desde entonces las potencias extranjeras hubieran estado dispuestas á intervenir, si se hubiera establecido en Francia un gobierno regular, y si el solo nombre de república no hubiera inquietado á la Europa. Mr. Thiers, que visitó sucesivamente las cortes de Inglaterra, Viena y de San Petersburgo, fracasó en sus intentos á causa de estas prevenciones. Una Asamblea nacional, convocada en Octubre, según se había anunciado, hubiera tal vez alcanzado más crédito; Mr. Gambetta, salido de París en un globo y que había llegado á ser dictador en Tours primeramente, después en Burdeos, dilató estas elecciones para una época más lejana, y resolvió continuar la